

HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLÁSICAS
DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

AÑO XV

ENERO-ABRIL 1964

NUM. 46-47

«DIVO PAVLO»

Acaudillada por Tarragona —ciudad cumbre del solar hispánico, según el famoso verso prudenciano, cunctis urbibus emmens Iberis (Pe. 6, 144)— España entera ha celebrado esplendorosamente el XIX Centenario de la venida del Apóstol San Pablo, gran heraldo de Cristo, a nuestra Patria.

A ese debido homenaje se une la revista HELMANTICA, y con ella toda la Sección de Humanidades Clásicas de esta Universidad Pontificia, por medio de este número extraordinario. Hay razón sobrada para ello, por filólogos y por españoles. San Pablo, en efecto, podría llamarse el primer filólogo y humanista del cristianismo, porque, cronológicamente, fue el primero que transvasó el mensaje cristiano —concebido en idioma arameo— a la rica ánfora de la lengua griega. En medio de sus infatigables correrías evangelizadoras, gran esfuerzo mental supone esta atrevida transfusión cristiana, con la que vinculó el Evangelio a la lengua más culta de la tierra, dándole, por lo mismo, alas de ecumenismo y catolicidad expansiva entre los pueblos antiguos. Esta ardua empresa filológica exigió también al Apóstol pleno conocimiento de la lengua griega, no sólo en su aspecto gramatical y léxico, sino en las finezas estilísticas y rítmicas —tan en boga en su tiempo y tan apreciadas de sus evangelizados— como con frecuencia han señalado los investigadores del lenguaje helénico.

La venida del «Apóstol Griego» a la antigua Iberia es un hecho históricamente cierto. Seguiría una de las grandes rutas del comercio marítimo entre Roma y España. Acaso desembarcó en la felix Tarraco de Prudencio (Pe. 6, 1); acaso en la Carthago nova, sede primada de España hasta el siglo VI, en que, por obra de un gran cartagenero, San Isidoro, se trasladó a Toledo. Existe de ello tradición en la región cartaginense. No hace muchos años se encontró en Begastrium —en las cercanías de Cehegin (Murcia), antigua sede episcopal destruida por los moros en el siglo VIII— una lápida musiva con la significativa dedicación, DIVO PAVLO. Esto parece suponer un culto especial al Apóstol de las Gentes, probablemente motivado por su presencia en aquella región. Sea cual fuere el puerto de desembarco (Tarragona y Cartagena eran las rutas marítimas más importantes que unían a Roma con España en aquella época) San Pablo debió recorrer todo el fértil litoral mediterráneo, poblado de importantes ciudades, a lo que le impulsaba su celo apostólico. A ello le invitaba también una importante vía romana que, bordeando al Mare Nostrum, se extendía desde los Pirineos (Coll de Portus) hasta Castulum (actual Cazlona en la Provincia de Jaén), atravesando territorios bastante helenizados y aun más romanizados, como Figueras, Barcelona, Tarragona, Tortosa, Sagunto, Valencia, Elche, Cartagena, Lorca, Baza y Guadix, con una distancia de 733 millas.

A Pablo de Tarso, por quien el nombre de España aparece dos veces en las sagradas páginas del Nuevo Testamento (Rom. 15, 24, 28), dedicamos esta humilde ofrenda, deseando que en nuestra Patria —meta de sus aspiraciones apostólicas— su doctrina «sea cada vez más conocida y mejor practicada; que este coloso de la fe, este loco de amor por Cristo, llegue a ser uno de los santos más entrañablemente populares; que vivamos intensamente su complejo divinizante del Cuerpo Místico de Cristo, único Salvador de la humanidad» (Emmo. y Rvdmo. Dr. D. Benjamín de Arriba y Castro, Cardenal Arzobispo de Tarragona, en la Revista «San Pablo en España», 1 (1963) p. 8).

LA REDACCION